Los tranvías de Moscú

Léon Degrelle

editorial Kamerad

Los tranvías de Moscú

Léon Degrelle

Los tranvías de Moscú

La guerra de Hitler en la Unión Soviética desencadenada el 22 de junio de 1941, comenzó bien y comenzó mal. Comenzó bien la inmensa maquinaria del ejército alemán, que se puso en marcha con una precisión perfecta. Hubo aquí y allá atascos, columnas despistadas, puentes hundidos por el paso de los carros de combate. Pero eso no fueron más que detalles. Desde primera hora, la *Luftwaffe* había reducido a la impotencia, para varios meses, la aviación soviética y convertido en imposibles las concentraciones del enemigo.

Al cabo de diez días, la *Wehrmacht* había triunfado en todas partes, en todas partes estaba muy lejos de sus bases de partida. Un desfondamiento total del frente ruso y del régimen soviético podía producirse en breve plazo.

Winston Churchill, más que ningún otro, se lo temía y, en los informes secretos, lo anunciaba.

Sin embargo, la guerra había, también, comenzado mal. Y terminaría mal, precisamente, porque ella había comenzado mal.

Por de pronto - y ello fue un elemento decisivo - había comenzado tarde, muy tarde, demasiado tarde, cinco semanas después de la fecha fijada por Hitler, porque la aventura de Mussolini en la frontera griega, en octubre de 1940, había torpedeado los planes hitlerianos para el este.

Es en los montes cenagosos que separan Grecia de Albania donde la suerte de la Segunda Guerra Mundial es puesta en juego, más que en Stalingrado, más que en El-Alamein, más que en las playas de Normandía, más que en el puente renano de Remagen, tomado intacto, en marzo de 1945, por el General Patton.

Mussolini estaba atormentado por las victorias de Hitler.

Él, el padre del fascismo, había sido relegado a un papel de segundo orden por la serie de campañas fulminantes - y siempre triunfantes - que el *Führer* había conducido, a tambor batiente, de Dantzig a Lemberg, de Narwik a Rotterdam, de Amberes a Biarritz. Cada vez, las águilas alemanas habían sido alzadas sobre países, a veces inmensos, conquistados en un santiamén, en tanto que varios millones de prisioneros habían avanzado como interminables filas de orugas hacia los campos de internamiento de un *Reich* cada vez más seguro de su éxito.

Mussolini, militarmente, había fracasado totalmente.

Su invasión *in extremis* en los Alpes franceses, fue devaluada por un descalabro humillante. El Mariscal Badoglio, peón muy interesado, que había arramplado, en Adís Abeba, tesoros en oro macizo robados del palacio del Negu en fuga, había, desde junio de 1940, revelado su incapacidad técnica, digna de la de su émulo francés Gamelin.

En tanto que Francia ya estaba abatida, que los tanques de Guderian y de Rommel se desplegaban casi sin combate hasta Lyon y que una caída sobre Niza no hubiera debido ser para los italianos más que un breve paseo militar entre los vergeles cuajados de frutas maduras, Badoglio que, sin embargo había tenido a su disposición largos meses para prepararse, ¡había reclamado a Mussolini veintiún días más para bruñir los últimos botones de sus guerreras!

La operación se había convertido rápidamente en un grotesco fracaso, los franceses habían azotado duramente a sus agresores de último minuto, infringiéndoles pérdidas considerables y clavándoles en el suelo con un despliegue lamentable de sus aparatosos plumeros de gallo.

En África, la arrancada en Libia no había resultado más brillante: un general italiano había sido hecho prisionero el primer día.

Cuando la artillería italiana se permitió el lujo de abatir un avión que resplandecía a pleno sol, ¡se encontró con que era el del Mariscal Balbo! ¡Fue derribado como una perdiz! Así, el más famoso aviador muerto por los italianos en 1940 había sido su jefe más glorioso. El tiempo no había arreglado nada. El armamento italiano, alabado estruendosamente durante veinte años, era deficiente. La marina adolecía de falta de celo. El soldado raso no se sentía guiado. El Mariscal Graziani, espíritu enredador, mediocre instructor, prefería dar sus órdenes a quince metros bajo tierra mejor que a quince metros a vanguardia de sus tropas como lo haría más tarde en el frente italiano el Mariscal Rommel, el lansquenete intrépido.

Mussolini rabiaba.

Estaba furioso por causa de todos sus fracasos.

Creyó posible dar una nueva capa de oro a sus blasones militares con una fácil conquista de Grecia, que sería preparada a golpes de millones repartidos discretamente entre las personalidades políticas de Atenas.

Mediante ello, la victoria sería conseguida sin excesivo esfuerzo, sobre un enemigo previamente de acuerdo para ceder y que solamente resistiría para guardar las formas.

"¡Yo había comprado a todo el mundo! ¡Esos puercos griegos se han embolsado mis millones y me han timado!" Esta confidencia sorprendente me la hizo el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, vivo de espíritu y bastante bribón e intrascendente, contándomela personalmente en junio de 1942 cuando, haciendo una breve etapa en Roma en un viaje en avión, le vi por última vez y le interrogué sobre esta guerra de Grecia fallada de una forma tan extraordinaria.

Sobre Las afirmaciones de Ciano (su yerno) en relación con lo que él creía las facilidades griegas, Mussolini, en octubre de 1940, provocó los acontecimientos.

No le dijo a Hitler una palabra de este plan de invasión. Cuando el canciller alemán, que se encontraba en Hendaya, donde acababa de entrevistarse con el General Franco, tuvo noticia de semejante proyecto, hizo inmediatamente lanzar su tren especial hacia Italia donde acudió al día siguiente al andén de la estación de Florencia un Mussolini triunfante: *"Mis tropas acaban de penetrar en Grecia esta mañana."*

¡Hitler había llegado demasiado tarde! No pudo más que desear buena suerte a su colega.

Pero temblaba. Y con razón. Al cabo de algunos días, las tropas italianas que se habían precipitado locamente sobre Grecia, en la cadena montañosa de Pinde, se hacían detener, arrollar y obligar a retroceder del Epiro, en una caótica derrota más trágica cada vez.

Los jefes italianos, infatuados el primer día, aterrorizados el segundo, se estaban comportando lamentablemente. Los soldados eran aniquilados, hubo un momento en el que el cuerpo expedicionario italiano iba a dejarse arrojar en su totalidad al Adriático y en el que toda Albania iba a verse invadida por las faldas blancas del uniforme de los griegos. Fue preciso, para colmo de humillación, hacer llamar a Hitler, que despachó precipitadamente hacia Tirana fuerzas alemanas de socorro.

La situación fue restablecida, pero lo esencial no residía precisamente en ello.

Que los griegos se hubiesen adjudicado Albania, excrecencia bastante vana del Imperio italiano, no hubiera sido especialmente trágico. El rey Víctor Manuel hubiese llevado en la cabeza una corona menos. Se hubiera encontrado reducido en una veintena de centímetros durante las ceremonias de Estado, lo que no hubiera tenido

absolutamente nada de enloquecedor.

Lo enloquecedor es que la entrada de los griegos en la guerra había provocado en Grecia el desembarco de los ingleses, convertidos en aliados por carambola. En consecuencia, los ingleses, instalados bajo los Balcanes, representaban la posibilidad, casi la certidumbre, de verles cortar las líneas del este, cuando Hitler hubiera penetrado muy profundamente en el inmenso espacio soviético.

Había que añadir a ello la obsesión de las excursiones de la aviación británica, sólidamente instalada en sus nuevas bases griegas. Podía, a fuerza de bombardeos masivos, incendiar los pozos de petróleo rumanos, indispensables para el reavituallamiento de las veinte divisiones acorazadas que Hitler se preparaba a lanzar a través de los 2.000 kilómetros de frontera de los *soviets*

Los riesgos se habían convertido en inmensos.

Y se convirtieron en absolutamente formidables cuando, el mismo invierno, la Yugoslavia del rey Pedro, instigada por agentes ingleses, se alzó contra los alemanes. Ya no había, desde ese momento, posibilidad de precipitarse sobre la Unión Soviética en la fecha prevista, tanto más cuanto que Molotov acababa de enviar al rey yugoslavo felicitaciones particularmente insolentes de Stalin y la seguridad de su apoyo moral.

Después de esta lamentable aventura mussoliniana, Hitler, antes de reemprender en el este su gran proyecto, se encontraba condenado a limpiar previamente los Balcanes, a precipitar sus carros a través de toda Yugoslavia, toda Grecia, e incluso a apoderarse del portaaviones inglés en que se había convertido la isla de Creta.

Aquello fue una carrera ofensiva sensacional.

En diez días Yugoslavia fue vencida y enteramente ocupada.

Después, Hitler ponía tumba abierta sobre Atenas y Esparta.

La cruz gamada brilló al final sobre los mármoles dorados de la Acrópolis. Los paracaidistas de Göring descendieron, con un heroísmo triunfante, sobre la isla de Creta donde la derrota de los ingleses fue culminaba en cuarenta y ocho horas. Los navíos aliados en fuga hacia Egipto fueron acribillados como patos en los estanques de las Landas.

Todo perfecto. La amenaza inglesa había sido liquidada. Pero se habían perdido cinco semanas; cinco semanas que Hitler ya no recuperaría jamás.

Como soldado, he conocido paso a paso - porque nosotros atravesamos a pie Rusia entera - cada detalle de esta tragedia. Es por causa de un solo mes que le falló a Hitler por lo que la guerra no termino en 1941, en el frente ruso; ese mes que, precisamente, el amor propio herido de Mussolini había hecho perder al eje por su calaverada de la frontera griega.

Se había perdido el tiempo.

Y un material de la mayor importancia se había perdido también.

No es que los tanques alemanes hubieran sido destruidos en gran número a lo largo de los combates escalonados desde Belgrado al canal de Corinto. Sino que el material pesado de las divisiones acorazadas había sido seriamente deteriorado a lo largo de 3.000 kilómetros de carreras por montes y por valles, a menudo muy pedregosos.

Centenares de tanques debieron ser revisados. No pudieron ser puestos en línea el 22 de junio de 1941, cuando fue el gran arranque. Digo lo que yo he visto con mis propios ojos: las divisiones blindadas de Von Klelst, del grupo de ejércitos del sur a las ordenes del Mariscal Von Rundstedt, centelleantemente lanzadas a través de Ucrania, no comprendían, cifra apenas creíble, ¡más que seiscientos carros de combate!

¡Seiscientos carros para pulverizar millones de soldados soviéticos, millares de carros soviéticos y llegar, por encima de todo, a Rostof, en el último fondo del Mar Negro y del Mar de Azof, antes de que surgiera el invierno, y no sin haber tenido todavía que desviar lo esencial de esta fuerza blindada para dirigirse al encuentro del General Guderian, que descendía del norte, y realizar con él el cerco más grande de la historia militar del mundo a 200 kilómetros al este de Kiev!

Con quinientos tanques más, el grupo del ejército alemán de invasión del sur de la Unión Soviética, hubiese alcanzado, antes de llegar los fríos, Stalingrado y Bakú.

Esos tanques que faltaron, fue Mussolini quien los había hecho perder.

Por catastrófico que hubiera sido ese retraso de cinco semanas en el horario, un material alemán más abundante hubiera podido compensar, muy probablemente, el desequilibrio en el tiempo. Pero también en eso la guerra comenzó mal.

Los datos facilitados sobre la fuerza de la Unión Soviética, se demostró inmediatamente que eran falsos. Los *soviets* poseían, no tres mil tanques como los servicios secretos alemanes habían informado a Hitler, sino diez mil, es decir tres veces más de los que alineaba Alemania. Y ciertos tipos de esos carros rusos, como el T-34 y el KV-2, de 52 toneladas, eran prácticamente invulnerables, de una solidez extraordinaria y construidos muy especialmente para dominar los lodos y las nieves de Rusia.

Por otro lado, la documentación sobre las vías de acceso a través del espacio ruso era errónea: grandes arterias previstas para los tanques ni siquiera existían, otras arenosas, apenas eran útiles para soportar el peso de ligeras *troikas*. Cualquier coche era engullido.

Y sin embargo, gracias a milagros de energía, la cabalgada se realizó. En veinticinco días habían sido franqueados 700 kilómetros. Desde el 16 de julio de 1941 Smolensko, la última gran ciudad en la autopista que conducía a Moscú, estaba tomada. Desde el punto extremo del avance alemán, el anillo de Elyna, no quedaban más que a 298 kilómetros antes de alcanzar la capital de la Unión Soviética.

En dos semanas de ofensiva a la cadencia de entonces, aquella hubiera sido conquistada. Stalin preparaba ya el desplazamiento del cuerpo diplomático hasta más allá del Volga. Reinaba el pánico. Manifestantes abucheaban al comunismo. Incluso se vio ondear, en una calle de Moscú una bandera con la cruz gamada, rápidamente improvisada.

Pero precipitarse hacia Moscú, de un interés estratégico relativamente escaso, era renunciar a destruir la inmensa baraúnda de más de 1 millón de soldados soviéticos que, en el sur, refluían en desorden hacia el Dnieper y el Dniester.

No se hace una guerra para ocupar ciudades, sino para aniquilar la fuerza combatiente del adversario.

Ese millón de rusos en derrota, dejado en paz, se hubiese reconstituido poco después. Hitler tenía, por tanto, razón. Era preciso aprisionarlos sin retraso con todo su material pesado, en el laberinto de inmensos cercos, ante los cuales los de Bélgica y Francia de 1940 eran poco más que juegos de niños.

Se trataba, también, de asegurar económicamente las enormes riquezas mineras del Donetz.

Desgraciadamente, Guderian no disponía de fuerzas suficientes para mantener a la vez la carrera hacia Moscú y el aniquilamiento del enemigo en el otro extremo de Rusia, hacia el Donetz. Cualquiera que fuese la elección, la segunda operación sería casi con toda certeza, iniciada demasiado tarde.

Si en lugar de verse obligado a hacer alto con sus blindados en la autopista de Smolensko y abandonar temporalmente la conquista de Moscú, al alcance entonces de su mano, Hitler hubiera dispuesto de 2 o 3.000 tanques más. Las dos operaciones gigantes, la conquista de Moscú en el este y el cerco de la masa soviética en el sur, hubiesen podido tener éxito a tiempo y simultáneamente. E incluso, la tercera operación, la conquista, antes del invierno de 1941, del Volga inferior y del Cáucaso.

Durante largo tiempo se han preguntado los comentaristas cómo Hitler pudo cometer semejante error de evaluación y lanzarse a través del gigantesco imperio de los *soviets* con solamente 3.524 carros de combate, pocos más de los que poseía cuando entró en Francia en mayo de 1940.

¿Había sido víctima, él también de las ilusiones que perdieron a tantos estrategas a continuación de la lamentable campaña militar de los *soviets* en Finlandia durante el invierno de 1939-40?

¡En absoluto!

"Cuando di la orden a mis tropas de entrar en Rusia...", me dijo él un día, *"...tuve la sensación de empujar a golpes de hombro una puerta detrás de la cual se encontraba un local oscuro del que yo lo ignoraba todo."*

¿Entonces...?

Entonces ha sido preciso esperar el despojo de los archivos de la *Heereswaffenamt* para conocer la verdad. Estos documentos revelan que inmediatamente después de la campaña de Francia de 1940, Hitler, viendo la creciente amenaza soviética acercarse, exigió una producción mensual de 800 a 1.000 carros de combate.

La cifra no tenía nada de locura, y sería largamente superada un año más tarde.

Las fábricas del *Reich*, si hubiesen producido sólo la mitad de los tanques reclamados entonces por el *Führer* hubiesen logrado que la cabalgada de los blindados hitlerianos a través de la Unión Soviética hubiera sido imposible de parar.

Pero, desde entonces, el sabotaje que conduciría al atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944 estaba animado disimuladamente por importantes generales de la administración a quienes estaban confiados los servicios de producción de la retaguardia. Bajo pretexto de que esos carros costarían 2.000 millones de marcos y reclamarían mas trabajadores cualificados (Alemania rebosaba de ellos, la *Wehrmacht* estaba entonces inactiva) la *Heereswaffenamt*, congeló las órdenes de fabricación.

Los saboteadores llegaron más lejos. Hitler había exigido que los carros Panzer III, provistos hasta entonces de cañones del calibre 37, fuesen dotados de cañones de 50 milímetros, L/60, capaces de perforar los blindajes más poderosos. Y hasta el fin del invierno, es decir demasiado tarde, no se enteró Hitler de que los cañones previstos por él, del calibre 60, no eran más que del 42.

Esta debilidad se revelaría fatal ante Moscú.

"Cuando...", cuenta Guderian, *"...Hitler comprobó, en febrero de 1941, que sus instrucciones no se habían ejecutado, pese a que las posibilidades técnicas lo permitían perfectamente, fue presa de un violento ataque de cólera y jamás perdonó a los oficiales responsables de haber obrado por su propia iniciativa."*

Pero el mal ya estaba hecho.

El esfuerzo de creación de un nuevo armamento fue casi insignificante. Durante aquellos meses, el III *Reich*, si se hubiera realmente querido, hubiera podido fácilmente fabricar cinco mil, seis mil nuevos tanques, de calibres más poderosos, adaptados exactamente al clima y a las extraordinarias dificultades de terreno que deberían afrontar en sus futuros combates.

Entonces, sí, la cabalgada a través de la Unión Soviética hubiese sido irresistible.

De todos modos, veinte divisiones Panzer penetraron el 22 de junio de 1941 en Rusia, en lugar de las diez que habían conquistado Bélgica, Holanda y Francia en mayo del año anterior. Pero la diferencia entre diez y veinte divisiones era teórica. Es cierto que había dos veces más divisiones Panzer, pero en cada una de ellas había dos veces menos carros de combate.

Pese a todo, lo que ocurrió tuvo mucho de prodigio.

Guderian descendió a marchas forzadas desde Smolensko hacia el Donetz, trabando combates de una audacia inaudita. Dos razias fabulosas, cerca de Kiev, en Ouman donde Guderian no había intervenido, más tarde cerca de Poltava, aniquilaron las fuerzas soviéticas de Dnieper.

Y solamente después de este último cerco, el más colosal de la guerra (665.000 prisioneros, 884 blindados y 3.718 cañones conquistados), dio Hitler a Guderian la orden de remontar hacia el norte para ensayar, no solamente tomar Moscú de revés, es decir, por el sudeste, sino de abalanzarse hasta Nijni-Novgorod (actualmente Gorki), ¡A 400 kilómetros más al este, sobre el propio Volga central!

Si la operación hubiese tenido éxito, habría sido la más prodigiosa cabalgada blindada de todos los tiempos: ¡de Polonia a Smolensko, después de Smolensko al Donetz, después del Donetz, de nuevo, hacia Moscú, y 80 leguas más allá, hacia el Volga! ¡Varios millares de kilómetros a franquear en cinco meses, y combatiendo! ¡Con material gastado y hombres rendidos!

Guderian partió nuevamente por encima de todo, franqueando etapas que llegaron a los 125 kilómetros en un día. Al mismo tiempo que él, todas las fuerzas blindadas alemanas del norte, corrían desde Smolensko en línea recta, adelante, hacia la capital soviética. Moscú había de ser tomada tras una maniobra de una precisión estratégica perfecta. ¡La guerra hubiese quedado terminada sin más!

Las cinco semanas perdidas antes del comienzo de la campaña y la falta de 2 o 3.000 tanques que hubieran permitido el desdoblamiento de las columnas de asalto, habían de hacer fracasar este inmenso esfuerzo final, a muy pocos kilómetros del éxito.

Desde finales de octubre, unos lodos impresionantes habían embarrado las formaciones de carros de combate del *Reich*. Ni un blindado avanzaba. Ni un cañón podía ser desplazado. Los aprovisionamientos quedaban sobre las carreteras: no solamente el reavituallamiento de los soldados, sino las municiones de la artillería y la gasolina de los tanques.

El hielo haría el resto. Iba, en noviembre y principios de diciembre de 1941 a agravarse la situación, convirtiéndose cada vez en más catastrófica, pasando de 15 grados bajo cero, a 20, a 35 bajo cero, ¡para alcanzar incluso los 50 grados bajo cero! ¡Desde hacia ciento cincuenta años, Rusia no había conocido un invierno más feroz!

Imposible para los carros intentar desplazarse.

El 40 % de los soldados tenían los pies helados, sin equipos de invierno en los que la intendencia ni siquiera había pensado entre 1940 y 1941.

Vestidos con sus ligeros uniformes de verano, a menudo sin abrigo y sin guantes, apenas alimentados, corrían inexorablemente hacia el desmoronamiento físico.

Por el contrario, los *soviets* disponían de tanques capaces de superar el barro, el hielo y el frío. El primer material inglés acababa de alcanzar los arrabales de Moscú. Tropas frescas habían sido acumuladas en gran número, procedentes de Siberia; una

intervención japonesa - que también ella falló - las hubiese retenido muy útilmente en Asia.

Cada día el combate iba haciéndose más atroz.

Sin embargo, los asaltantes alemanes proseguían su esfuerzo, fuese cual fuese su rigurosidad. Flechas adelantadas habían repasado Moscú por el norte, hasta Krasnaia Poliana. Otras habían alcanzado los arrabales de Moscú y ocupado las cocheras de los tranvías. Ante ellos, entre el hielo devorador, las cúpulas de la capital de los *soviets*, brillaban, tentaculares.

Fue allí, a escasos kilómetros del mismo Kremlin, donde el asalto alcanzó su límite máximo para siempre. Las unidades se habían convertido en esqueléticas. La mayoría ni siquiera poseían más de un quinto de sus efectivos. Los soldados se derrumbaban sobre la nieve, incapaces ya del menor esfuerzo. Las armas, heladas, se encasquillaban, rehusaban prestar servicio.

Los *soviets*, por el contrario, abastecidos sólidamente y a pocos kilómetros de sus bases, recibían en abundancia víveres, municiones y el apoyo de nuevos tanques que salían por centenares de las propias fábricas de Moscú.

Se lanzaron a la contraofensiva.

Los supervivientes alemanes de esta epopeya terrible fueron engullidos por la ola.

Se había perdido la batalla de Moscú.

Y además, Stalin había ganado la semi-tranquilidad de seis meses de invierno, seis meses que serían su amparo inmediato y su salvación para el futuro.

"Como soldado, he conocido paso a paso - porque nosotros atravesamos a pie Rusia entera - cada detalle de esta tragedia. Es por causa de un solo mes que le falló a Hitler por lo que la guerra no termino en 1941, en el frente ruso; ese mes que, precisamente, el amor propio herido de Mussolini había hecho perder al eje por su calaverada de la frontera griega. Se había perdido el tiempo. Y un material de la mayor importancia se había perdido también."

(Léon Degrelle)

editorial kamerad